

Chillón, J.M., *El pensar y la distancia: hacia una comprensión de la crítica como filosofía*, Salamanca, Sígueme, 2016, 208 pp.

El prólogo de esta sugerente obra comienza con una acertada referencia a Platón, plenamente coherente con lo que el lector encontrará en las páginas subsiguientes: él fue quien por primera vez destacó la necesidad de contemplar las cosas desde una cierta distancia para mejor comprenderlas y quien señaló que la perplejidad es un elemento indispensable en la filosofía, dinamizador y estimulante. Sus propios diálogos resultan inspiradores, provocativos y hasta desconcertantes. Tal como se señala a través de una hermosa expresión, la vulnerabilidad del pensar se hace patente a los filósofos de mirada atenta, haciéndose consciente de su finitud e imperfección y mostrando la necesidad de emprender un viaje plagado de problemas e incertidumbres.

Con un lenguaje a la vez claro y sugerente, este libro realiza un recorrido por algunos de los más destacados representantes de la actitud crítica típicamente filosófica, ahondando en cuestiones políticas y epistemológicas, lingüísticas y metafísicas, científicas y existenciales.

No parece posible negar la particularidad de una disciplina que incluye la pregunta y la duda entre sus ingredientes principales y que, tanto hoy como a lo largo de la historia, tiene presente la cuestión de su propia legitimidad, siendo capaz de plantear distintas respuestas a las preguntas por sus fines, sus medios, su método y su propia naturaleza.

De acuerdo con la perspectiva fenomenológica que se analizará posteriormente en profundidad, el punto de partida del filosofar ha de ser la *epoché*, el subjetivo reconocimiento de que hay precisamente una distancia entre el aparecer y la realidad de las cosas, la renuncia a creer espontánea e ingenuamente que el mundo es tal como se presenta.

La filosofía implica distancia entre sujeto y objeto, pues se reconoce la imposibilidad de apresarlos completamente, es un camino siempre por recorrer hacia un horizonte que nunca parece estar más cerca.

Un caso peculiar que nos hace tomar conciencia de aquella distancia es el problema del lenguaje, planteado en el *Crátilo* platónico y desarrollado por Aristóteles en el *De interpretatione*. El capítulo dedicado a esta cuestión presenta la cuestión en toda su complejidad partiendo de la disyuntiva entre la relación bien natural, bien artificial de las palabras y aquello a que remiten, añadiendo los matices aristotélicos que destacan el papel de las afecciones subjetivas como puente que enlaza los extremos.

Aunque, siguiendo el hilo conductor del libro, no se trata de un análisis anclado en la filosofía del lenguaje, sino de un punto de partida que inicia la reflexión sobre aquello que puede ser de otra manera, una búsqueda del fundamento de las ciencias prácticas y la razón deliberativa, pues el lenguaje adquiere pleno sentido en la actividad compartida de la polis. La prudencia aristotélica brinda un magnífico ejemplo

de la necesidad del pensamiento crítico y consciente de la finitud y las limitaciones de todo lo relacionado con la praxis humana. El autor muestra de manera coherente e inspiradora cómo la búsqueda de significados comunes y de aquello a lo que se refieren enlaza los aspectos teóricos y prácticos del planteamiento del estagirita, la base metafísica de su propuesta ética y política, siempre consciente de la dosis de incertidumbre e imprecisión que afecta a los asuntos humanos.

Sumamente interesante resulta también el siguiente capítulo, en el que se parte de la actitud crítica inherente a la Modernidad y a la revolución científica. La búsqueda de un método, de leyes y abstracciones que permitan comprender racionalmente la naturaleza, se concilia con el carácter matemático descubierto en ella. Esto supone una reducción de lo cualitativo a cuantitativo, un proceso de subsunción de lo múltiple y diverso a unidades, regularidades y leyes; en definitiva, se trata de una mirada crítica que descubre lo oculto y desvela lo no aparente.

Sin duda, la filosofía moderna puede verse como un desarrollo o un proceso con distintas soluciones acerca del problema de nuestro conocimiento de la realidad y de una progresiva toma de conciencia, frente al realismo, de la distancia que separa ambos extremos: ¿cómo podemos acceder a lo real? ¿Cómo podemos estar seguros de la correspondencia entre pensamiento y objeto?

Descartes, Hume y Kant aparecen en este libro como genuinos representantes de esta distintiva característica de la época moderna en la que se deja notar una actitud profundamente escéptica y crítica; esto es, filosófica.

Dejando atrás los problemas a los que se enfrenta, y los que genera la propia Ilustración, el recorrido por los momentos decisivos de la exaltación de la necesidad de la actitud crítica continúa con la propuesta fenomenológica de Husserl. En opinión del autor, el problema humano y moral que sobresale en *La crisis de las ciencias europeas* no es tanto la consecuencia cuanto el objetivo último de su fenomenología. La actitud crítica propia de la subjetividad trascendental pretende superar asimismo la tiranía de los hechos impuesta por el dominante positivismo. Por ello, frente a la actitud natural acrítica y el escepticismo en que desemboca el positivismo, la fenomenología impulsa la puesta entre paréntesis del mundo y realiza la reducción al plano eidético. Con ello, se abre un sinfín de posibilidades, una vez que el sujeto descubre que el mundo es mucho más que lo meramente fáctico, motivo por el que el autor considera que la fenomenología representa la actitud crítica por antonomasia.

El siguiente paso natural es el tránsito desde la actitud fenomenológica hacia la actitud hermenéutica, característica del Dasein según Heidegger. Facticidad, posibilidad o cuidado, son algunos de los términos cuya explicación sitúa al lector en esta peculiar perspectiva. Además, el autor alemán constituye un punto de referencia de la crítica de la filosofía misma, pues amparándose en su concepción de la diferencia ontológica, achaca un olvido del ser al conjunto de la metafísica occidental.

No podía faltar en una obra como esta un análisis de la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt, señalando las consecuencias de la razón instrumental, que degenera en instrumento de poder. Max Horkheimer se convierte aquí en la columna vertebral de la exposición, que precisamente como ejemplo de actitud crítica y filosófica nos impele a tomar conciencia de la distancia entre el ser y el deber ser. Se trata una vez más, pues es casi un tópico en la historia filosófica, de una vuelta de la razón sobre sí misma, que señale los prejuicios y consecuencias, nefastas en muchos casos, de sus anteriores proyectos.

Para terminar, el racionalismo crítico de Popper completa y redondea la amplia variedad de perspectivas planteadas en este libro. *Conjeturas y refutaciones* o *Búsqueda sin término* son títulos suficientemente significativos para hacernos comprender con facilidad ese carácter conjetural, falible y siempre abierto del conocimiento humano, aun el científico, que debe relacionarse con su crítica del neopositivismo y su propuesta falsacionista.

El epílogo cierra el ensayo de manera brillante señalando la continuidad existente entre el asombro de los filósofos griegos, la duda de los modernos y la sospecha de los contemporáneos, mostrando la imposibilidad de apresar completamente el objeto, la insatisfacción que necesariamente implica la tarea filosófica y el acicate que ello supone para seguir impulsándola siempre. Del mismo modo, el lector de esta obra probablemente no alcanzará demasiadas certezas, sino que sentirá avidez por profundizar en la tarea crítica, por fomentar esa actitud que parece la más genuinamente filosófica.

Ignacio García Peña